

Frente libertario

Madrid,
14 de abril
de 1938

Número 447

editado por el comité de defensa confederal = región centro

LA HORA ES DECISIVA, PROLETARIOS

No caben las medias tintas ni puede admitirse el colaboracionismo sentimental y platónico

Junto a nosotros, con una ayuda eficaz y tangible, o contra nosotros en un abstencionismo criminal o con una cobardía suicida

Los momentos que está atravesando nuestra guerra, hacen preciso, hacen indispensable, actuar de una manera intensa y rápida. Y a quienes continúan observando desde lejos las alternativas de nuestra lucha, a quienes desmienten su condición de proletarios observando una actitud anodina con relación a la lucha que el fascismo ha desencadenado en los campos españoles, hay que hablarles alto y claro, sin nervosismos que desvirtúen el sentido profundo y exacto de nuestras palabras; pero también sin timideces de hermanos pequeños que solicitan la ayuda de sus hermanos mayores para salir con bien, con éxito de un conflicto en el que se encuentran enzarzados por lo que alguien pudiera llamar "mala cabeza".

La hora es crítica, proletarios del Mundo entero. Los momentos son graves. Más aún: gravísimos. El destino histórico del proletariado español—que es el destino histórico de todos los trabajadores del Mundo—se está decidiendo en nuestros campos ensangrentados. De un lado, el fascismo; de otro, la democracia. A una parte, la revolución; en la otra, la contrarrevolución. La libertad, en un sitio; la dominación y la tiranía, frente a ella. La dignidad de los humildes en un platillo de la balanza; en el otro, la esclavitud y el dolor sombrío de la desesperanza. Así están planteados los términos del problema. Esa es la disyuntiva que palpita en los campos de batalla de la España estremecida.

Los proletarios españoles han comprendido la trascendencia de las soluciones y la absoluta disparidad entre las mismas: no caben pactos, no

son posibles las medias tintas, no son admisibles las posiciones intermedias, no puede aceptarse el abstencionismo, ni cabe adoptar actitudes conciliadoras. Los intereses en lucha están claramente definidos. Y la lucha es decisiva, a muerte. Así lo entienden los proletarios españoles. Así lo han comprendido. Y sobre esas bases están superando todos los heroísmos y aceptan sin una vacilación los más duros sacrificios. Y esos mismos proletarios españoles, cuando la gravedad de los momentos que atravesamos hace que la vida de todos ellos sea la puesta de este juego sangrante y dolorido, al mismo tiempo que se afirman más que nunca en sus más íntimas convicciones, al mismo tiempo que se deciden a aceptar como necesarios para el triunfo nuevos y más duros sacrificios, se dirigen a todos los trabajadores del Mundo, para, hablándoles alto y claro, decirles: Ha llegado la hora de las actuaciones eficaces, de las conductas decididas, de las definiciones tajantes, hechas vivas, no por declaraciones platónicas y grandilocuentes, sino con actos claros y firmes que indiquen una decisión exacta y serena. Ha llegado la hora de definirse, trabajadores del Mundo. Y la definición se plantea en estos términos: o junto a nosotros, con una ayuda eficaz y tangible, o contra nosotros, en un abstencionismo criminal y con una cobardía suicida.

No valen ya los términos medios ni los claroscuros. Los proletarios del Mundo entero, hasta los momentos presentes, no han sabido cumplir con su deber: después de estos largos, larguísimos, meses de lucha encarnizada, el proletariado mundial, aparte de honro-

sas, muy honrosas excepciones, pero excepciones al fin y al cabo, tiene un crecido "debe" en sus cuentas de solidaridad y de cumplimiento de sus deberes proletarios. La verdad es dura; pero es ésta: los proletarios del Mundo no han sido capaces, hasta ahora, de cumplir con los deberes mínimos que su condición y su clase les imponen.

Y a esto es a lo que es preciso poner término; para poner término a esto es precisamente por lo que los trabajadores españoles se dirigen a los trabajadores del Mundo entero, pidiéndoles una actitud clara y firme, decidida y dispuesta a una ayuda tensa y eficaz a los combatientes españoles. Ellos están en condiciones de desencadenar la gran ofensiva contra la organización capitalista que está minando la base en que se apoyan los proletarios españoles; a ellos incumbe prestar a estos abnegados luchadores de la libertad la ayuda que necesitan y a la que se han hecho sobradamente acreedores, porque, a costa de su sacrificio y de su sangre, están defendiendo la libertad y la dignidad de todos los proletarios del Mundo. A éstos, precisamente a éstos, que son a quienes de cerca van a tocar las consecuencias del triunfo de los trabajadores españoles, corresponde prestar a nuestros heroicos luchadores esa solidaridad firme y práctica, efectiva y eficaz, que es la única que puede cuajar en frutos de victorias rotundas.

A ellos, a los trabajadores del Mundo entero, incumbe este deber elemental de solidaridad proletaria, de actuación firme y enérgica en defensa de sus hermanos de clase que derraman generosa-

mente su sangre en los campos españoles.

Y basta de palabrerías que, a pesar de su ampulosidad grandilocuente, están absolutamente vacías de contenido vivo y real. Es hora de obrar, de actuar. Haciendo, sólo haciendo, es como los trabajadores del Mundo cumplirán los deberes que les incumben para con sus hermanos de España.

Y si en esta hora decisiva y tensa, los trabajadores del Mundo, los hombres que dirigen su actuación, no se deciden todavía a obrar de una manera rápida y firme en ayuda práctica a sus hermanos españoles, habrá llegado el momento de que nos destiguemos ni más ni menos que como vulgares enemigos del proletariado español.

Porque en las actuales circunstancias se es enemigo tan-

to por acción como por omisión. Por acción o por omisión pueden cometerse delitos. Por acción o por omisión puede traicionarse la causa de los trabajadores. Por acción o por omisión pueden cumplirse todos los requisitos que cualifican a los hombres como enemigos del proletariado español.

Y que nadie se llame a engaño ni pretenda ocultar su miedo tras la ambigüedad en la impostación de los términos del problema. Estos son bien claros y delimitados. Tan claros y delimitados como la verdad, como la justicia de la causa que defendemos.

No hay más que una alternativa: junto a nosotros, con una ayuda eficaz y tangible, o contra nosotros, en un abstencionismo criminal y cobarde, colocado, por su misma cobardía, al servicio del imperialismo fascista.

Frente libertario PUBLICA SU DICCIONARIO

DESAGRAVIO. — Paños calientes que se le ponen con mucha solicitud al que, momentos antes, recibió una coz, por parte del agravante.

DESAHOGARSE. — Acción de desembuchar algunas cosillas que le hacen a uno "pupa" dentro.

DESAHOGO. — Medio incomprensible por el cual caminan aún muchos que debían tener muy poco sitio para caminar.

DESAHUCIO. — Edificante espectáculo que nos ha proporcionado, muchas veces, la miseria, la maldad y la justicia humanas.

DESALIENTO. — Palabra suprimida en el habla madrileño.

DESARME. — Como palabra... es bonita, ¿verdad?

DESARROLLO. — Cuando es normal, es consecuencia lógica de esa

normalidad. Ahora que, los desarrollos muy rápidos..., llevan a las consecuencias que todos conocemos.

DESATARSE. — Cerrar los ojos, soltarse el pelo... y decir la verdad.

DESATINO. — Opinión "autorizada" de elementos representativos. De algunos, ¡eh!

DESBARRAR. — Asomar la oreja, aunque se tenga empeño en ocultarla.

DESBOCARSE. — Una cosa así... como ponerse los pantalones a cuadros.

DESCABEZAR. — Lo que sería muy conveniente hacer con algunos... si hubiera cabezas de recambio... ¡O aunque no las haya!

DESCANSO. — ¡Pues eso!

DESCENDER. — Es a la persona lo que el agua al vino.

DESCOMPONERSE. — Lo que no se debe hacer nunca, porque, al hacerlo, se le ve a uno el mecanismo interior.

Hace siete años empezó la liberación

POLITICA INFLEXIBLE DE GUERRA EN TODOS LOS TERRENOS

Hay que terminar con los parados voluntarios y con los que dejan de sentirse españoles al ser movilizada su quinta

Para terminar con las flaquezas de que adolecía nuestra retaguardia; para elevar la moral de victoria en los frentes; para resucitar el entusiasmo heroico de las jornadas de julio, necesitábamos emprender un camino recto de energía implacable. Precisábamos, dicho en menos palabras, un Gobierno de guerra.

Hubo un exceso de blandura, de sentimentalismos y contemplaciones, a cuyo amparo pudo extenderse la podredumbre de los vacilantes y los cobardes por nuestra zona. Había calado demasiado hondo el mal, para no procurar ponerle, de querernos salvar, un remedio tan rápido como implacable. El nuevo Gobierno ha empezado a hacerlo. Sin vacilaciones, sin tibiezas, marcha por el camino que el pueblo deseaba y pedía. En poco más de una semana, el panorama de nuestra lucha ha variado sensiblemente. Todavía tiene que variar mucho más. Porque todavía—para ser en todo momento auténtico ministerio de guerra—la actuación gubernamental ha de ser más extensa y más dura.

En dos direcciones paralelas y complementarias marcha con ritmo acelerado la obra del nuevo ministerio. Tiende la una a moralizar nuestra retaguardia, dándole una austeridad compatible con la dureza de la contienda. Se dirige la otra a reforzar los frentes, a reafirmar la voluntad de vencer, a poner en manos de nuestros soldados todos los elementos y todos los resortes que precisen para aplastar cuanto antes al enemigo común. Y en ambos aspectos conviene señalar unas medidas que se van haciendo inaplazables. En el primero, la movilización para el trabajo de todos los parados voluntarios. En el segundo, la extirpación de los nidos de emboscados que todos conocemos y que hasta aquí han sido tolerados con un criterio transigente y absurdo.

En una guerra como la nuestra, en que no nos jugamos la independencia como nación y la libertad como pueblo, no puede admitirse ni el indiferente ni el espectador. Todos, cualquiera que sea su manera de pensar, tienen que intervenir, aportando a la causa todas las energías de que sean capaces. Si en una guerra imperialista cualquier Estado burgués decreta sin pérdida de momento la movilización general de los diez y ocho a los sesenta años, igual y con mayor razón tenemos que hacer nosotros. Los que por su edad o por las necesidades de la lucha hayan de ir a los frentes, que vayan sin pérdida de minuto. Los que no, han de ser acoplados a la producción de las materias que sean más precisas y necesarias. No puede haber una sola excepción. Es preciso exigir a todos los individuos, no sólo su cartilla militar o su cédula de movilización, sino su carnet de productor. El tener dinero no puede ser un justificante para eximirse del trabajo que a todos por igual nos obliga. Si no lo es en cualquier nación ultraconservadora cuando la guerra llega, con menor razón puede serlo entre nosotros, que estamos llevando a cabo una transformación que tiene por misión terminar con las castas y los privilegios.

Hace meses que se hizo algo en

este sentido. Se exigía a todos los ciudadanos la posesión de un certificado de trabajo. Ocurrió, sin embargo, que quienes antes lo obtuvieron fueron los que ni habían trabajado antes ni han trabajado después. Se falsearon los certificados con la mayor alegría, escudados en la absoluta impunidad. Esto tiene que terminar. Hay que obligar a que todos posean su carnet de productor. Pero un carnet que sea extendido por el responsable del taller, de la Colectividad agraria o de la oficina en que labore y vaya respaldada por el Sindicato respectivo, previa la información correspondiente y la conformidad de todos los obreros que trabajan en el mismo lugar. Sería muy difícil en esta forma que nadie, por amistad o por dinero, pudiera falsificar un solo certificado de trabajo. A pesar de todo, si un individuo, con la complicidad de varios, quisiera realizarlo, sería fácil descubrirles y habría que imponerles a todos penas ejemplares.

Y tan importante como esto, tan necesario como obligar a que todo el mundo realice un trabajo útil en relación con la guerra que sostiene el pueblo español, es terminar con los refugios conocidos que la facción utiliza para ocultar el Estado

Mayor de su espionaje y para acoger amorosamente a cuantos enemigos del pueblo hallan cómodo asilo en ellos para rehuir el cumplimiento de sus deberes militares.

Son muchos millares los jóvenes fascistas que, cubriéndose con pabellones extranjeros, han huido libremente de nuestro campo a la hora de tener que ocupar un puesto en los frentes. No hay ningún precepto del Derecho internacional que ampare estas maniobras de los enemigos del pueblo, ni que nos imponga respeto de ningún género para los negociantes que explotan la bandera de un país extraño para enriquecerse protegiendo a los enemigos de España. Todo esto sólo ha sido posible gracias a una debilidad y a una transigencia, de todo punto incompatibles con un Gobierno de guerra. Ha llegado la hora de acabar con esto. Y el Gobierno actual tiene que terminar, sin perder un solo minuto.

¿Episodio? No. Índice de toda una espiritualidad antifascista y revolucionaria

Han sido los mismos rebeldes quienes han dado la noticia; de los leales que en aquella escaramuza intervinieron, no quedó ninguno con vida, con esa vida que todos inmolaron en aras del antifascismo y del triunfo de la libertad.

Tuvo lugar el episodio en los días en que los rebeldes atacaban Lérida. Patrullas y grupos rebeldes, aprovechando las sombras de la noche y la desorientación de los defensores de la ciudad, habían logrado adentrarse en ésta y recorrían sus calles y sus casas buscando la manera de dominar por completo sus encrucijadas.

Un grupo de legionarios avanzaba amparándose en la noche y en los escombros, cuando frente a él surgió una voz firme que pronunciaba las palabras de "¡Alto! ¿Quién vive?" "España y la Legión" fue la contestación del jefe de los mercenarios. Y entonces, los que cerraban el paso a los rebeldes, con un "Aquí está la F. A. I." se lanzaron contra ellos en un combate rudo y desigual, en el que terminó por imponerse la superioridad del número, pero no sin que los invasores rindieran un crecido tributo de sangre a los valientes que habían decidido morir junto a las ruinas que con tanto tesón y tanto heroísmo supieron defender.

¿Nos encontramos ante un episodio aislado de esta gigantesca lucha que entre la tiranía y la libertad se ha entablado en las tierras españolas? No, absolutamente no. No puede hablarse de episodios cuando esa misma tónica de acción heroica que caracteriza a los compañeros anarquistas de Lérida se repite en todos

los lugares donde el fascismo logra adentrarse. Cuando recordamos las gestas de Bilbao, de Santander, de Asturias; cuando pensamos en la columna anarquista que entró en Torrelavega dispuesto a morir matando; cuando vemos una y otra vez cómo luchan y cómo mueren los hombres de la F. A. I., hemos de prescindir en absoluto de todo lo que sea una manifestación esporádica y aislada, un episodio sin trascendencia reveladora de un convencimiento íntimo, para afirmar que esas conductas heroicas, honor de proletarios y de antifascistas, son índice claro de una espiritualidad antifascista y revolucionaria firmemente arraigada, que prefiere perder la vida antes que tolerar el triunfo de los enemigos del pueblo español.

El "Aquí está la F. A. I." de nuestros compañeros de Lérida, dispuestos a morir antes que ceder un paso más, debe ser ejemplo para todos los proletarios españoles. Que si todos nos decidimos a cumplir con nuestros deberes en la misma medida que los anarquistas que en Lérida dieron su vida en defensa de la ciudad, el triunfo final sobre el fascismo no se hará esperar y una aurora de victoria y de libertad iluminará con claridades meridianas, muy pronto, todos los confines de la España ensangrentada para hacerla sobre sus ruinas y para lograr que el pueblo español recupere la ruta y el destino histórico que está llamado a desempeñar.

Leed "C N T"

Cúmplase hoy el séptimo aniversario de la proclamación de la República española. De aquella transformación política, hecha sin dolor y sin sangre, que pudo haber abocado en una honda transformación social con la que quizás se hubiera evitado la totalidad o gran parte, al menos, de los dolores y de los sacrificios que actualmente sufre el pueblo español, apenas si queda el recuerdo; y es el recuerdo mitad alegre, mitad amargo. Alegre más por lo que pudo significar que por lo que realmente significó. Amargo por lo mucho que puedo hacer en pro de los trabajadores y que no hizo.

Hace siete años se cerró el ciclo sombrío de monarcas y dictaduras palatinas. La alegría del primer gran triunfo, logrado a costa de tan pocos dolores, encendió el entusiasmo de los proletarios, pero desvió su atención del deber de continuar luchando por las reivindicaciones típicamente revolucionarias. Muchos creyeron que ya se había alcanzado la primera meta y que las demás se conseguirían por añadidura. Y no llegaron a darse cuenta de que en los recovecos de la política estaban agazapados sus más peligrosos enemigos, que se habían retirado, es cierto, de las actividades públicas, pero que no se habían rendido a discreción. Habían guardado sus armas para mejor ocasión, pero no las habían entregado.

Poco tardaron en saltar nuevamente a la actualidad pública de España. Comenzaron las maniobras en una parte y los errores y las transigencias en otras. Y quienes en el 14 de abril pudieron haberlo perdido todo, a la vuelta de pocos meses se encontraron con que disponían de los mismos recursos de opresión que antes del advenimiento de la República. Esta fue demasiado ingenua. Y su ingenuidad y su tolerancia la han llevado a la guerra, a la destrucción y al dolor sin medida y sin cuento, para quienes pusieron en ella sus más limpias esperanzas y sus más claras ilusiones.

La alegría del primer paso hizo que muchos se olvidaran de que era preciso continuar marchando infatigablemente hasta llegar a terreno firme, hasta llegar a lugares donde la opresión no tuviera ninguna posibilidad de reacción. Y al perder el dinamismo, se hizo posible esa misma reacción que nos ha llevado a la guerra.

Hace siete años comenzó la liberación de los proletarios españoles. Pero de aquellos comienzos hemos de sacar sanas enseñanzas que cierren para siempre el camino a nuevas manifestaciones de actividad de la horda reaccionaria. La lección ha sido demasiado dura para que la olviden los trabajadores españoles.

AUSTERIDAD DE GUERRA EN LA RETAGUARDIA

El peor enemigo de nuestra causa no es el fascista declarado, sino el que falta por declarar

Para cumplir la misión que la hora presente exige de cuantos se precien de antifascistas no más, sobran todas las soflamas palabreras que no sean respaldadas por hechos de una austeridad y honradez acrisoladas.

A partir del levantamiento fascista, nos impusimos por propia voluntad ser parcos en palabras y lo más pródigos posibles en acciones diarias y constantes que posibiliten rescatar de las garras rapaces del fascismo nuestra independencia territorial, política y social, hollada y escarnecida.

No hemos cambiado de opinión y procuraremos seguir la línea trazada, siquiera en ocasiones más frecuentes de lo que sería de desear nos veamos precisados a rasgar nuestro mutismo para dar algún que otro aldabonazo en la cancela de no pocas conciencias obstinadas en rechazar a manotazos, cual pesado fardo, cuanto pueda servirles de reflexión. Ignoramos si nuestra pluma tendrá la virtud de poner en las palabras el incentivo capaz de hacer cambiar de proceder a cuantos vienen obligados a ello. Mas, sea cual fuere el resultado de nuestros toques de atención de amigo leal, nos quedará, aunque nada más sea, la satisfacción del deber cumplido.

Hay demasiado laurel y etiquetas vistosas en las fachadas; y hay también demasiada inmundicia y miseria en las cámaras más o menos nupciales, donde se encierran el cuerpo y el espíritu muchas gentes que están obligadas a emplear esas energías, torpemente gastadas, en otros menesteres más en consonancia con esta situación delicada. Hay excesiva frivolidad en las acciones para conseguir ocultarlas con un ropaje catilinario por mucha que sea la habilidad y el dominio dialéctico. Ya todos nos conocemos, y es inútil que nadie busque sedantes ni lenitivos en una fraseología endulzada, tratando de ocultar a su propia conciencia las voces que le acusan, imitando al avestruz, que oculta la cabeza

entre las alas, negándose a afrontar el peligro que se le avecina.

Apetentes de autoridad y mando, tibios, débiles y flacos, agiotistas, cobardes y traidores tienen un denominador común, y común ha de ser también la pena que se les aplique.

¿Tras de qué carnet se ocultan? ¿Del nuestro? ¿Del ajeno? Tanto monta y monta tanto. Nadie, que sepamos, tiene patente de corso, y si alguien pretende exhibirla, nos sobra valor para arrebatársela y rasgarla. No porque nosotros lo queramos, sino porque nos consideramos en este caso fieles intérpretes del sentir de los auténticos antifascistas. Tampoco precisa que digamos cómo se llaman, porque nosotros sabemos a qué atenernos, y los interesados, que consulten a su conciencia y vean si les conviene rectificar.

El peor enemigo de la guerra y, por tanto, de la revolución, no es el fascista declarado, sino el que falta por declarar y el que se aplica a sí mismo el remoque de revolucionario (que ahora viste mucho) y moral cien por cien, dividida ésta en dos partes: la una, para andar por casa, y la otra, de otro color, para arrastrarla por los suburbios, cuando no sirva para algo de mayor gravedad. Es decir, de doble personalidad en la que no creemos; es más: la negamos. Se nos antoja peligrosísimo esta dualidad funcional en el individuo.

No acertamos a diferenciar a los enemigos de la causa antifascista. A todos los catalogamos por igual. Los procedimientos pueden ser diversos; el daño producido, el mismo. La pena, por tanto, estimamos que en nada puede diferir.

Al desertor se le fusila por traidor. Para el mismo delito no ha de ser una razón el color o la forma del traje para aplicarle el Código.

Por el Comité Regional de la F. A. I. del Centro, el secretario.